

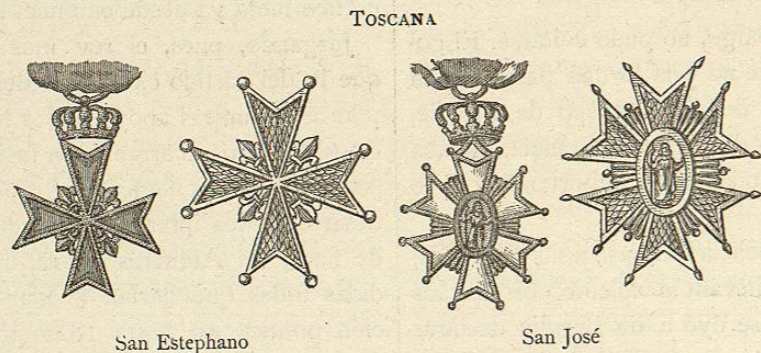
lo que era francés, cuando los belgas, así los católicos como los liberales, estaban en continuas relaciones con París, sufriendo de aquel lado toda clase de influencias.

Resultó, pues, de este modo de ser particular del rey, que no hizo nada para favorecer la fusión de los dos elementos de los Países Bajos, los flamencos con los valones, y aún hizo más, se enredó en cuestiones con su hijo, que sentía por Francia las más grandes simpatías como que hasta había aceptado como hemos dicho, ser el rey de la revolución contra los borbones.

Por todo esto y por su carácter taciturno propio de los holandeses y de su familia, por haber hecho lo único que no puede hacer el jefe de un Estado,

meterse en operaciones mercantiles que le valieron una fortuna colosal que para ser legítima solo necesitaba que fuera creída tal, y por no sentir ambición de realizar algo grande, algo que levante la conciencia de un pueblo, por no tener más ideal que el ideal de los riquísimos negociantes holandeses, la buena y tranquila vida de sociedad, Guillermo I no podía ser hombre capaz de dominar situación política alguna.

Cuando el rey Guillermo llegó á Holanda encontróse enfrente de cuatro partidos: el republicano, los orangistas, los liberales constitucionales y los reaccionarios serviles aduladores del príncipe, que tenían que hacerse perdonar el haber desertado de la causa de su patria y de la familia y el haber per-



tenecido á todas las situaciones heredadas por la Revolución francesa. Guillermo fué á buscar sus consejeros en el partido servil, y su hombre de confianza, su genio malo, fué el ministro de Gracia y Justicia que de él procedía von Maanen que se había distinguido en 1794 por su exagerado odio «por la execrable casa de Orange» y que luego supo conservar su situación política lo mismo con Luís Napoleon que con Napoleon I. En suma, Guillermo se rodeó de gente reaccionaria y anticatólica. Si la situación, pues, se pudo conllevar durante catorce años, esto se debió á las prendas personales del príncipe de Orange y á la presión de Europa, y sobre todo al inmenso deseo de paz y descanso que sucedió á la definitiva caída de Napoleon I.

La situación, pues, de los Países Bajos se había de embrollar desde el momento en que la prosperidad material recibiera algún desengaño. Bélgica había aceptado sino con gusto, por obligación el participar en la medida que fuera en el pago de la enorme deuda holandesa, pero el gobierno holandés no comprendió que, para que este sacrificio no resultara insufrible, conveniale no tocar el sistema

financiero belga; así tan pronto se quisieron introducir en Bélgica impuestos propios de Holanda, impuestos que venían á afectar el consumo y por lo mismo á las clases bajas, la oposición se inició en el seno del Parlamento, y los belgas, todos acudidos por Dotreng y Reyphius, principiaron sus ataques sistemáticos al sistema holandés.

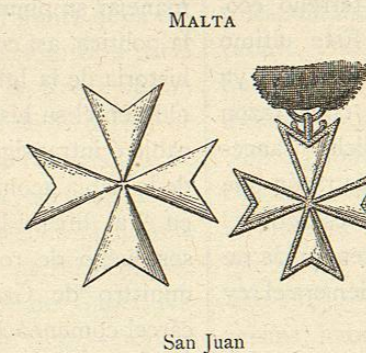
Iniciada la guerra de intereses, ésta no hizo más que crecer á cada concesión que hacía el gobierno para apaciguar á los irritados belgas, de modo que la escisión vino fatalmente á ocurrir allá en donde más se había hecho para fundar y fortalecer la unión con los belgas. De esto se pasó naturalmente á la cuestión política, mas desde el momento que los belgas vieron que no podían hacer triunfar sus ideas económicas, notaron que esto era debido á su imperfecta representación, y que una minoría imponía á la mayoría nada menos que en materia de impuestos. Ya la cuestión se puso tirante, ya los holandeses acusaban á los belgas de querer romper la unión, á lo que respondía Reyphius que de sus labios no habían salido las palabras Norte y Sud, aún cuando era innegable que existía una completa diferencia en las opiniones de las dos partes. A lo

que respondía Hogendorp al año siguiente que, si llegaba el caso de que los habitantes del Sud dijeran que no les querían á ellos, ellos responderían que no los necesitaban. La querrela, pues, entre el Norte y el Sud había penetrado en el Parlamento, y si necesitaba salir á la calle, dicho se está que no había de faltar ocasión oportuna.

Una cuestión vino á envenenar más la situación, cuando de haberse sabido ó querido maniobrar con tiento, pudo darse por resuelta desde los primeros tiempos de la unión.

Hablábase entonces en Bélgica por dos terceras partes de la población un dialecto muy parecido al holandés, y solo una tercera parte de los belgas hablaban el francés, contra cuya lengua se desenca-

denaron las antipatías del rey y las de la reacción política de la época, pues los mismos bruseleses llegaron á pedir al rey Guillermo que prohibiera en absoluto el uso de la lengua francesa, y el rey en consecuencia ordenó por edicto de 15 de Setiembre de 1819, que dejara de ser dentro de tres años el francés la lengua oficial de las provincias de Limburg, las dos Flandes y Amberes: y esto se dispuso y se ordenó sin que nadie protestara ni hubiera la más pequeña reclamación, así el rey, poco antes de espirar dicho plazo, esto es, en 16 de Octubre de 1822, hizo extensiva la prohibición al Brabante meridional. Cuando el espíritu de oposición se desarrolló, éste no tuvo mejor medio de expresarse como afectando sus preferencias por la



lengua francesa, originándose de aquí polémicas apasionadas, á las que ponían fin los holandeses recordándoles uno de sus proverbios que dice: «que se habla la lengua del pueblo de quien se come el pan.» Cuando á estos insultos se descende en una polémica, los puños están ya levantados.

Holanda creía deber defenderse en particular, procurando que el ejército holandés se mantuviera puro del contacto del espíritu de oposición, así en los regimientos el elemento belga puro era escaso y la gente se reclutaba ó en Holanda ó en los distritos limítrofes de Holanda, en donde eran las simpatías para la unión más vivas.

Cuando Plentinckx, antiguo oficial del ejército napoleónico, quien después de 1815 había formado parte del ejército de los Países Bajos en las colonias, regresó á su patria y pidió su reintegración en las filas del ejército, se le opusieron mil dificultades que tuvieron naturalmente que ceder delante de su razón y de su derecho, pero esto dió tanto enojo al coronel de su regimiento que, cuando Plentinckx se presentó á su coronel para tomar su puesto, éste le dijo: «hé aquí el primer brabanzón que se me impone,» lo cual indignó tanto al bravo oficial que

pidió su retiro para ir á conquistar muy pronto su puesto como ya diremos, combatiendo á los que con tan gran mal humor le veían en sus filas.

Ya hemos dicho que, cuando Guillermo I en su lucha con el clero católico procuró arrancar de sus manos la instrucción pública, el país liberal aplaudió, pero Guillermo, dejándose llevar de sus pasiones anticatólica y antifrancesa, acabó por prohibir que sus súbditos pudieran acudir á las academias, seminarios y colegios extranjeros, y esto era ya una tiranía.

Que en esta guerra tomara tanta parte el calvinista, como el monarca concededor del peligro que para la unidad é integridad de su corona ofrecía la organización católica, es evidente; pero el rey no comprendía que á fuerza de perseguir había de dar á su actitud y á sus disposiciones un carácter irritante, y que lo que en un principio se podía considerar como una guerra contra el clericalismo, pasaba á ser una guerra contra la religión católica. Aún en esta parte de su campaña para obligar á los obispos á cerrar las escuelas que habían abierto los jesuitas y los hermanos de la doctrina cristiana, tuvo á su lado Guillermo I á los liberales belgas, que no sabe-

mos si vieron con gusto que se separara de su lado el abogado Garlache, ora enemigo de los jesuitas, ora su grande admirador; pero Garlache al ser vencido arrojó á la coalición liberal holando-belga la manzana de la discordia. Garlache en su discurso del 13 de Diciembre de 1826, reclamó la libertad de enseñanza en nombre de todas las libertades, y véase en que terreno vino á plantearse la cuestión entre católicos y liberales belgas, pues Garlache, después de establecer con gran solidez la conexión extrema que existía entre la libertad de la prensa y la libertad de la cátedra, preguntaba cómo podían reclamar la opresión de la cátedra los que siempre reclamaban la libertad de la prensa.

Era, pues, necesario que Guillermo se decidiera en este momento supremo para la unión: ó con los liberales procurando satisfacerles en el terreno económico ó contra todos los belgas. Este último partido es el que tomó Guillermo, que no sufría ya imposiciones sino contradicciones, por cuya razón decían los ministros, parodiando un dicho francés que dice: «que hay alguien que tiene más razón que Voltaire ó Rousseau y que este alguien es todo el mundo, que había todavía alguien que tenía más razón que todo el mundo y que este alguien era el rey Guillermo.»

¿Cómo se las compuso Guillermo para indisponerse con todo el mundo? Pues procurando dar gusto á los católicos, con quienes en tan fuerte batalla se habían metido, por medio de un concordato cuyas negociaciones llenaron de espanto á los liberales, que no dudaban que el país iba á ser sacrificado á los intereses de la curia, que obtenía al fin la creación de tres obispados más y que el colegio de filosofía creado por Guillermo y al cual habían de asistir los seminaristas durante dos años, de lo que habían protestado enérgicamente los obispos, no fué sino un colegio de adorno, pues desde el momento que se declaraba que la instrucción de los seminaristas dependía de los diocesanos, nada más vano que el empeño de Guillermo de obtener de los obispos la declaración de que no por esto dejarían de asistir los seminaristas al colegio de filosofía. Los liberales belgas viéronse ya con esto traicionados por el rey, y Luís de Potter dió la voz de alerta, diciendo: que lo que parecía cierto era que el rey se proponía declarar jesuitas y perseguir como jesuitas á todos cuantos se ocupasen de los asuntos belgas.

Valióle á Potter su actitud, ser encarcelado y llevado á los tribunales, pero estas violentas medidas no sirvieron más que para exaltar el enérgico é in-

dependiente espíritu de Potter, que llamó en su auxilio á todos los belgas, aconsejándoles la unión bajo la base que debía unirles á todos «libertad de enseñanza y libertad de la prensa.»

Obedeciendo su consigna, comprometiéndose desde luego toda la prensa belga en esta liga y habiéndose decidido que se enviaran peticiones á la Cámara, Legislatura de 1828 á 1829, fué tanta la decisión con que se firmaron que *El Católico* escribía, «que se necesitaba más valor para negar la firma que no para firmar.»

Potter fué condenado á diez y ocho meses de cárcel y á una multa de mil pesetas. Esta condena era ridícula, porque las mil pesetas para un hombre de la fortuna de Potter era menos que nada, y como en la cárcel correccional Potter podría, como antes, manejar su pluma y ésta iba ahora á consagrarse á la política, así como antes se había consagrado á la historia de la Iglesia y del Cristianismo que ha tenido en él su historiador más franco, sereno, implacable é intransigente, Potter desde la cárcel en donde le había acompañado el pueblo, que veía siempre en él al liberal libre-pensador, con vitores y aplausos, luégo de romper los cristales de la casa del ministro de Gracia y Justicia, Potter desde la cárcel comenzó á escribir una serie de folletos perfectamente encadenados, cuyo resultado fué encadenar con ellos la voluntad de los liberales y de los católicos para la obra de la emancipación de Bélgica.

La prensa dirigida por Potter que se había convertido en el ídolo de Bélgica, se entregaba á una propaganda acalorada de la unión de entre católicos y liberales que venían á exaltar más y más los triunfos de O'Connell y el paso dado por el abate Lammenais, que del partido ultramontano se pasaba al liberal, y si algo insensato hizo entonces el gobierno fué fundar en Bruselas un periódico encargado de defenderle y de combatir la coalición clérigo-liberal, sin reparar que ésta, por lo mismo que ya tenía un programa político, había de andar adelante, de lo que hubo de convencerse el gobierno en los Estados generales, cuando vió á los belgas obtener la mayoría en la cuestión de las peticiones al pedir que se elevasen al rey, mayoría que se estableció gracias á lo que se llamó entonces la defección de los brabanzones del Norte, pero fuera así y todo, lo cierto es que ahora los holandeses corrían peligro de pasar á ser minoría en el Parlamento. Bastete, que dirigía la campaña de las peticiones, había declarado que en la legislatura de 1830 presentaría trescientas mil firmas, y tratándose ahora de cumplir lo ofrecido, se llevó la agitación por todo el

país conmoviéndolo hasta en sus capas más profundas, gracias al poderoso concurso del alto y bajo clero.

Para contrarrestar este movimiento decidió Guillermo presentarse en Bélgica y recorrer sus principales ciudades. Para Guillermo la unión entre liberales y clericales era una unión monstruosa, infame, y como esta palabra infame se fijara en su mente, hubo de soltarla en la recepción que se le hizo en Lieja, de donde se extendió por todo Bélgica siendo causa de que se creara en Flandes la «Orden de los Infames,» decididos á trabajar para la redención del país.

Supo todo esto Guillermo I y creyó obrar políticamente procurando establecer una concordia con el clero, presentando el peligro que amenazaría á la Iglesia el día que los de Potter al frente de la democracia se apoderaran de la situación. Una parte del alto clero no se hizo de rogar y en Roma mismo Falck vióse con el Papa, —Febrero de 1830,—y de la entrevista salió profundamente convencido de que la curia romana desautorizaba francamente la actitud del clero belga. Como consecuencia de este movimiento y actitud de parte del partido católico y del rey, éste nombró los obispos de Gante, Nemours y Tournai, —3 de Febrero de 1829,—declaró facultativa la asistencia de los seminaristas al Colegio de filosofía, y lo dispuso todo para llevar á la práctica el Concordato, de modo que razón tuvo la curia romana al declararse contra la actitud del clero considerada en globo, y como el rey conocía y sabía que la obra de la defección seguía haciendo su camino, de lo que le enteraba la actitud misma de los diputados belgas antes tan resueltos y valientes y ahora tan tímidos, dejándose llevar de su impetuoso temperamento se creyó ya dueño de la situación, creyendo que podía desafiar ahora á los mismos que tanto miedo le habían dado, ¿cómo? enviando á las cámaras un mensaje escrito con la mayor insensatez, pero ya lo hemos dicho, los ministros de Guillermo I no servían para dirigir la política sino para servir al rey, y el rey había resuelto ahora tratar á Bélgica como tratan los maestros severos á sus alumnos luégo que se ha restablecido la disciplina.

Decía el rey á las cámaras en su mensaje: «Que en medio de la paz y de la prosperidad, habiase un pequeño número de sus súbditos puesto de la manera más ignominiosa y peligrosa en oposición con las leyes y con sus paternales intenciones: la libertad de la prensa había hecho nacer el espíritu de facción, de crítica y de alborotos, por cuyo

motivo, y á fin de reprimir tales abusos, presentaría á la Cámara una nueva ley sobre la prensa, aprovechando ahora el momento de hacérselo saber para expresar su opinión personal sobre la marcha del gobierno.» Y esto dicho, cometía el rey la gran imprudencia de venir á discutir, delante de la Cámara y de los diputados belgas, las quejas de Bélgica.

«En cuanto á los intereses religiosos,—decía,—la Iglesia disfruta, desde la conclusión del Concordato, de una mayor libertad de la que hasta aquí había poseído; en cuanto á la integridad del poder secular, el rey continuará manteniéndola delante de todo celo exagerado. En punto á la instrucción pública creía tener derecho al reconocimiento de las gentes ilustradas, á causa de las disposiciones legislativas, tomadas por él de una manera de todo punto espontánea. En punto á la lengua francesa, estaba pronto, y así lo declaraba, á introducir los cambios que fuera menester, caso de que esta lengua se pudiera introducir, sin inconveniente, en las transacciones públicas. El principio de la inmovilidad judicial había sido sancionado por la ley; y tan pronto termine la introducción inminente de la nueva organización judicial,—que había sido discutida en el año 1823,—la intervención del rey, respecto de la misma, habrá terminado.» En punto á las prerogativas de los Estados provinciales, esto era objeto de varios modos de ver, y en suma ellos no tenían por qué ocuparse del poder legislativo. Respecto á las reclamaciones sobre el derecho de moltura, se había satisfecho la opinión, de la misma manera que se había procurado satisfacerla respecto á los abusos del sindicato de amortización que se habían denunciado.»

Este mensaje, al cual siguió una circular del ministro van Maanen encargando á los funcionarios el más estricto cumplimiento de su deber, fué acogido como un grito de guerra por los belgas, pues les decía claro que ya se había hecho todo lo que se podía hacer y que no se debían esperar mayores concesiones, y como esto lo interpretaron también así los belgas, el *Correo de la Meuse*, salió denunciándolo «como el manifiesto del despotismo contra la libertad, y el proyecto de ley que se anuncia contra la prensa como la organización legal de la tiranía.»

Al mensaje del rey contestó Potter con una carta de *Demophilo al rey*.

Decíale: «Se os habla, señor, de una monarquía templada por una Constitución. Esto es una mentira monstruosa y pérfida, es un absurdo, una Constitución no templa nada, funda; antes de ella nada es le-